

Ellos andaban sin buscarse

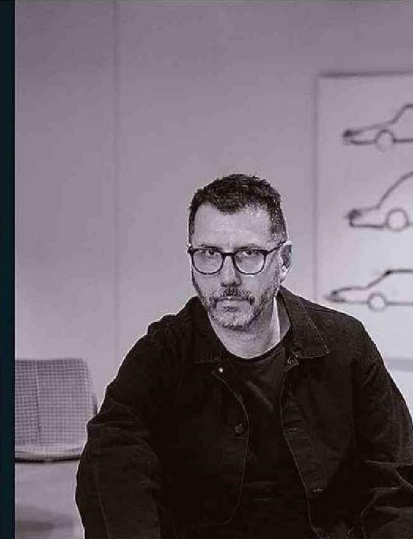
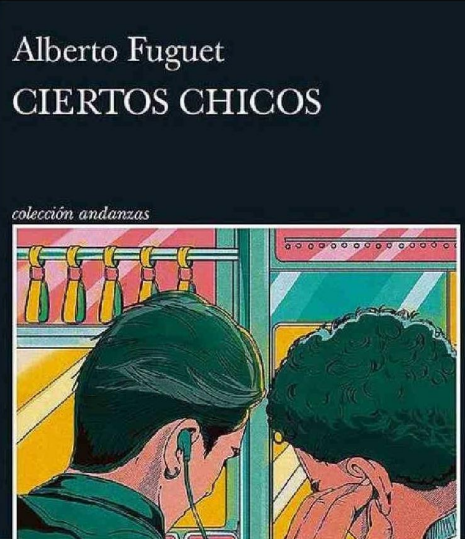
POR CARLOS VERGARA EHRENBURG

Más de treinta años después de la publicación de su ópera prima *Mala Onda*, tan castigada en ese entonces por el crítico literario Ignacio Valente, y tras un prolífica obra literaria, periodística, cinematográfica y hasta dramática, Alberto Fuguet de Goyeneche (Santiago, 1963) volvió este extraño primer semestre de 2024 con la que quizás sea su novela más personal y entrañable para terminar de cerrar ese círculo abierto a fines de 1991.

Clemente Fabres (como la calle) es un veinteañero estudiante de Periodismo de la ya mítica sede de Belgrado 10 de la Universidad de Chile, quien vuelve al país en plena dictadura (1984) desde su cómodo pasar en Manchester a intentar saldar una cuenta que no parece tener muy clara.

Tomás Mena, a su vez, alumno del Instituto Nacional y vecino de El Llano en San Miguel, comienza recién a abrir su cabeza, su talento y su sexualidad al mundo, el cual espera le sea revelado en la carrera de Letras en la PUC del Campus Oriente.

En un proceso (que hace recordar a Tengo y Aomame sentados en un balancín en la novela *IQ84* de Murakami), ambos coinciden en esa interminable y eterna carrera por dar con la



que suponen es su alma gemela.

Tienen, claro está, una alternativa disquería fuguetiana, Lado B, como locación. También un *fanzine* llamado *ropa/americana* como bandera, con las calles del centro, Providencia y San Miguel, además de la antigua casona de Belgrado 10 como el infierno del Dante.

Casi como un experimentado neurocirujano -como esos

del Hospital Carlos Van Buren, que no saldrán en *The New English Journal of Medicine*, pero que han abierto más cerebros de los que son capaces de recordar -Fuguet estimula ciertas zonas del hipocampo y es capaz de gatillar recuerdos, emociones, angustias y hasta olores con sólo mencionar una canción, una película, un lugar o un personaje de la época.

Es un recurso habitual en él, hay que reconocerlo. Pero tal evocación melómana nunca había sido llevada a tal extremo y con tanta perfección por el alguna vez *enfant terrible* de la nueva narrativa chilena. Entre sus conocidos anglicismos -ya una marca registrada- nos sugiere una variopinta *playlist* que va desde Pandora (*¿Cómo te va, mi amor?*), Upa!, Electrodomésticos

y Nadie hasta New Order, Prince, Modern Talking y Brian Ferry, con *The Lotus Eaters* (*When I look at boys*) como tema introductorio y *I melt with you* de los galeses Modern English como el tema central de la relación afectiva entre Clemente & Tomás, dos chicos que, tal como escribiría Cortázar en *Rayuela*, andaban sin buscarse, pero sabiendo que andaban para en-

contrarse.

Su otro sello, el cinéfilo, también se manifiesta de forma aplastante, como en esa inolvidable imagen de un ya cincuentón Clemente recordando a ese chico lindo que fue Tomás, que bien puede ser el último fotograma protagonizado por Richard Dreyfuss en *Cuenta Conmigo* (1986), de Rob Reiner.

Porque ser rebelde en aquel Santiago de los años ochenta, según Fuguet, tenía más que ver con inventarse un mundo propio y asumir los riesgos de la propia sexualidad que con usar poncho y escuchar a Silvio Rodríguez tomando vino navegado tibio bajo un póster del Che.

Hay quienes dicen que después de *Mala Onda*, Fuguet sigue escribiendo lo mismo una y otra vez, sólo que ahora en clave gay. Se equivocan. *Ciertos chicos* es la novela definitiva de aquellos jóvenes sensibles, distintos, maltratados por el *bullying* (aunque ni siquiera existiera la palabra) y tremendamente necesarios que existían en aquellos no tan melindrosos años ochenta en Santiago de Chile. Como bien dice el autor, fueron quienes optaron por los grises en vez de atrincherarse, lo que en estricto rigor también terminó una trinchera. Pero nunca se rindieron. 